

PHILIP HUGHES

SÍNTESIS DE HISTORIA
DE LA IGLESIA

Herder

Título original: A Short History of the Catholic Church
Diseño de la cubierta: Fernando Baile

1ª edición, 10ª impresión

© 1939, 1967, *Philip Hughes*

© 1967, *Burns & Oats Ltd., Londres*

© 2001, *Herder Editorial, S.L.*

ISBN: 978-84-254-0201-2

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso
de los titulares del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Imprenta: Service Point F.M.I., S.A.

Depósito legal: B-43.195-2009

Printed in Spain

Herder

www.herdereditorial.com

A John A. Agnew

ÍNDICE GENERAL

<i>1. Catolicismo primitivo: de San Pedro a Constantino</i>	11
El mundo en que nació la Iglesia	11
El gnosticismo	16
Marción, Montano y Manes	20
Los apologistas	24
La vida de los primeros cristianos	25
La Iglesia romana	27
Orígenes	29
Primera expansión de la Iglesia	30
La persecución	32
 <i>2. La Iglesia bajo la protección imperial, 313-711</i>	37
La conversión del estado	37
El problema del emperador católico	40
La crisis del arrianismo	41
Nestorio y el Concilio de Éfeso	47
Concilio de Calcedonia	52
El problema de los monofisitas	54
Justiniano	59
El monotelismo	62
El Concilio "in Trullo"	66
La primitiva vida monacal	68
Los Padres griegos	69
 <i>3. Conversión de Europa occidental, 313-755</i>	75
El donatismo	75
San Agustín	77
La invasión de los bárbaros	81

	Págs.
Los santos Martín, Patricio y Benito	85
Conversión de los francos	91
Los monjes misioneros irlandeses	92
Conversión de los visigodos españoles	93
San Gregorio Magno	95
Conversión de los anglos	97
San Bonifacio	100
 4. <i>Asalto a la cristiandad y reconquista, 714-1123</i> .	103
Mahoma	103
La herejía iconoclasta	104
Orígenes del poder temporal de los papas	107
Carlomagno	109
El fracaso de la civilización	112
La reforma de Hildebrando	122
El cisma de Oriente	126
 5. <i>Triunfo del cristianismo en Occidente, 1123-1270</i>	131
Renacimiento de la cultura	131
Las nuevas órdenes de cistercienses y premonstratenses	133
Extensión de la cristiandad	135
Las Cruzadas	137
La amenaza del emperador	140
Inocencio III y los albigenses; los dominicanos y los franciscanos	144
La lucha contra Federico II	154
La crisis averroísta y Santo Tomás de Aquino	159
 6. <i>Decadencia, 1270-1517</i>	163
Nuevos peligros internos	163
La derrota de Bonifacio VIII	167
La lucha contra Luis de Baviera	172
La peste negra	173
La corte pontificia de Aviñón	176
El cisma de Occidente	178
Papas contra concilios	183
Nuevas formas de devoción	187

	<u>Págs.</u>
El Renacimiento	189
Los papas secularizados	192
<i>7. Rebelión protestante, 1517-1648</i>	<i>201</i>
Lutero	201
Calvino	204
Inglaterra	205
Los reformadores católicos	208
Trento	215
Paulo IV	222
La Contrarreforma	227
La amenaza de los príncipes católicos	231
La guerra de los Treinta Años	235
<i>8. Rebelión de los monarcas católicos, 1648-1789</i>	<i>239</i>
Francia y los hugonotes	239
Resurgimiento religioso en Francia	241
El jansenismo	242
El galicanismo	249
El quietismo	251
Los deístas	255
Guerra contra los jesuitas	257
Febronio y José II	263
Apariciones del Sagrado Corazón; los pasionistas y los redentoristas	268
<i>9. Ataque del liberalismo, 1789-1878</i>	<i>273</i>
Espíritu de este período	273
Francia	279
Alemania	285
Nuevas órdenes religiosas; santos; el Concilio Va- ticano I	294
<i>10. La Iglesia misionera</i>	<i>297</i>
La América latina	297
La India y el Extremo Oriente	299
África	303
Resurgimiento católico en Inglaterra	304
Los irlandeses	308

	Págs.
<i>11. La Iglesia y el nuevo nacionalismo, 1878-1946.</i>	311
Propósitos y realización de León XIII	311
Pío X	326
Benedicto XV	329
Pío XI	332
Pío XII	339
 <i>12. La lucha por la paz y el «aggiornamento», 1939-1965</i>	 343
Pío XII y el reto comunista	347
Juan XXIII y el «aggiornamento»	354
El concilio Vaticano II	360
 <i>13. Panorama contemporáneo 1963-1980.</i>	 383
Pablo VI	385
Balance de un pontificado: 1963-1978	388
Juan Pablo I	391
Juan Pablo II	392
El pontificado de un polaco: 1978-...	395
La reforma administrativa	397
La Iglesia católica y el movimiento ecuménico	400
Los movimientos en la Iglesia	403
Conclusión	408
 <i>Tablas cronológicas</i>	 409
<i>Índice alfabético</i>	427

1. CATOLICISMO PRIMITIVO :

DE SAN PEDRO A CONSTANTINO

*El mundo en que
nació la Iglesia.*

La historia de los orígenes de la Iglesia se halla en el Nuevo Testamento, pues la Iglesia no es otra cosa que la sociedad de los que creen en Jesucristo, como Dios encarnado, con la misión de redimir a la humanidad y darle a conocer la plenitud de la revelación de Dios. A estos creyentes ofreció Jesucristo un nuevo destino sobrenatural y los medios de conseguirlo. Les ofreció una doctrina sobre Dios y un medio seguro para conocerla. Ese medio, por el cual el creyente aprenderá esa doctrina y alcanzará ese destino, es la sociedad por Él fundada. Como miembro de esa sociedad es como se había de salvar el creyente; y ella sería con toda propiedad la continuadora de su labor entre los hombres, una vez que Él dejara de estar física y visiblemente presente en el mundo.

La tarea con que se enfrenta el historiador de la Iglesia, consiste en relatar las vicisitudes de esta sociedad, de fundación divina, en los dos mil años transcurridos, aproximadamente, desde que empezó su misión, estudiando su campo de acción, las circunstancias que han favorecido o estorbado su misión, con los personajes que han contribuido a ello. ¿Cómo se ha desarrollado la propia sociedad interiormente? ¿Hasta qué punto ha cambiado o se ha conservado uniforme? Hoy día constituye un cuerpo con quinientos millones de miembros. Entre sus miembros incluye a todas las razas conocidas, todas las nacionalidades, todas las clases sociales. Es una sociedad perfectamente organizada, con sus creencias expuestas en una teología científicamente elaborada

y una vida moral en íntima dependencia con sus creencias, mientras un detallado código regula los pormenores de su organización y el desenvolvimiento de su vida corporativa.

Toda historia de la Iglesia tendrá que evidenciar, de algún modo, cómo todo este complejo se ha desarrollado partiendo de aquel grupo inicial de creyentes, “alrededor de ciento veinte” (Act 1, 15), que, después de la Ascensión de Nuestro Señor, “perseverando unánimemente en la oración” (ibid. 1, 14), esperaba en el Cenáculo la venida del Espíritu Santo. Toda historia de la Iglesia tendrá, pues, que batallar, con dos mil años de compleja actividad humana. Escribirla, aun del modo más sumario, si se pretende que la reseña de los hechos sea algo más que una simple enumeración y que todos los personajes importantes queden al menos bosquejados, requerirá varios volúmenes. Un libro de las reducidas dimensiones del presente debe contentarse con ser una extensa tabla cronológica, o bien con dar sólo una impresión muy general de los principales acontecimientos, de las tendencias y de las personalidades que les dieron forma o se formaron en ellas. Hemos optado por lo segundo, aun dándonos perfecta cuenta de las omisiones que ello nos impondrá, así como del riesgo que correrá el relato de convertirse a veces en caricatura. No hay espacio, desde luego, en un libro como éste para el examen de distintos puntos de vista, ni siquiera para la exposición razonada del adoptado por el propio autor. El libro se ofrece simplemente como una iniciación de carácter puramente elemental, que referirá como partes de un todo orgánico “los principales acontecimientos que marcaron el rumbo o fueron considerados especialmente simbólicos en el decurso de cada época”¹, considerando a grandes rasgos el influjo ejercido en el desarrollo general por las grandes personalidades de la Iglesia.

Las fuentes de que dispone el historiador en su reconstrucción de la historia de la Iglesia primitiva están

¹ G. M. TREVELYAN, *British History in the Nineteenth Century and After* (1937) VII.

lejos del ideal. No existen diarios, memorias ni correspondencia de los principales personajes; no hay archivos de documentos oficiales, ni actas sistemáticamente registradas, ni certificados, ni estadísticas. Nos quedan las sumarias referencias de la vida de Nuestro Señor, que llamamos Evangelios. Se conservan cartas de varios apóstoles a distintas comunidades cristianas y, en los dos siglos inmediatos, una colección no demasiado voluminosa de escritos polémicos, apologéticos y expositivos. Pero en parte alguna, salvo en los Hechos de los Apóstoles, encontramos a lo largo de casi trescientos años, nada que pueda llamarse un documento histórico contemporáneo. Preciosos datos no son, a menudo, más que noticias ocasionales (*obiter dicta*), cuidadosamente espigados del teólogo o del polemista, e incluso del descreído y del hereje no menos que del escritor católico.

No es de extrañar que el porcentaje más elevado de hechos conocidos para nosotros lo arrojen los que podríamos denominar “hechos literarios” — la aparición de nuevas teorías doctrinales o ascéticas, su aceptación o condena, su repercusión en las creencias ya aceptadas —, más bien que los relativos a posibles revoluciones administrativas o al choque de políticas y personajes rivales. Con todo, existe una gran excepción, continuada a través de los tres primeros siglos en todas las partes de la Iglesia, y es el hecho de la aceptación de la muerte y la tortura por el católico antes que renegar de su religión. Son los mártires los primeros personajes de este catolicismo primitivo, pero de su inmensa multitud sólo un puñado nos es conocido, aunque no sea más que por su propio nombre.

Aparte de los mártires, la historia primitiva, tal como nosotros la conocemos, es una historia de luchas a vida o muerte cuyos caudillos han quedado generalmente en el anonimato: la lucha, por ejemplo, por defender la verdad revelada del movimiento modernizante que intentaba la amalgama de todas las verdades religiosas, o para mantenerla claramente diferenciada de las erróneas teorías con que muchos cristianos pretendían identificarla al explicar sus propias opiniones particulares; o

la lucha por evitar prematuras "explicaciones" doctrinales, que no hubieran hecho sino perjudicarla.

Entretanto la Iglesia crecía pasando de Palestina al Asia Menor, Grecia, Italia, Egipto y África a las Galias y a España, Alemania y Gran Bretaña. Mas ignoramos las circunstancias en que la fe se introdujo en esos países, y de los misioneros que llevaron a cabo esta labor, si se exceptúan los de la primera generación, no conocemos apenas ni los nombres. El hecho de la pujante expansión proselitista está así, a la vista, y en esos países quedan iglesias, reconocidas como Iglesia de Cristo por los fieles de regiones donde el cristianismo existía con anterioridad; pero un desconcertante anonimato se extiende sobre todo lo demás.

Con la misma vaguedad tropezamos al buscar detalles cronológicos o personales, relativos al primitivo desarrollo de la organización interna de la Iglesia, como, para poner un ejemplo, en el caso de los orígenes de una institución tan característica como la vida comunitaria, públicamente autorizada, de los consagrados a Dios por el voto de virginidad. Al iniciar, pues, nuestro estudio de la historia de la Iglesia no debemos prometernos imposibles. Menos aún debemos esperar que un estudio histórico haga lo que sólo la Iglesia docente puede hacer, esto es, ofrecernos un cuadro completo de la revelación hecha por Nuestro Señor Jesucristo. La historia de la Iglesia únicamente confirma la doctrina de la Iglesia, nunca puede suplirla ni reemplazarla. No es, ni podrá serlo jamás, el medio principal para nuestro conocimiento de esa doctrina.

El primer hecho importante comprobable en el mundo que vio nacer a la Iglesia, es el interés universal que suscitaba todo lo religioso. San Pablo, escribiendo a los gálatas, describe a Dios enviando a su Hijo "en la plenitud de los tiempos", texto que la historia puede relacionar con el hecho de un movimiento universal de transformación religiosa iniciado en las proximidades de Alejandro Magno (muerto el 323 a. de J. C.), y que alcanza su punto culminante hacia la época del nacimiento de Cristo.

En resumen, este movimiento suponía en todas partes una conciencia mayor de la fraternidad del género humano y una vuelta hacia la religión y sus ritos que harían más honda la percepción de este sentimiento. La religión estaba llamada a desempeñar un nuevo papel social en la vida del hombre. Ya no se esperaba de ella únicamente ese formalismo ritual debidamente ejecutado con el fin de aplacar a los dioses, ganar su favor o dar validez a los actos de la vida social. La religión tenía que saber de la miseria humana, de las ansias y las incertidumbres del hombre, sobre todo de su incertidumbre respecto de su propio origen y meta. Debía tener en cuenta esa incesante lucha desarrollada en todo corazón humano entre su "yo" ideal y las continuas apetencias contrarias de un "yo" inferior. Debía enfrentarse con el hecho de las frecuentes caídas del hombre y darle de algún modo la seguridad de que esas caídas no habían, al fin, de hundirle. La nueva orientación comienza, pues, a asociar, por vez primera, religión y moralidad. Simultáneamente con esta lenta transformación religiosa, comienza a actuar, por la asociación a la misma de ideas éticas, otra nueva fuerza o tendencia conocida por sincretismo. La gradual sujeción de casi la totalidad del mundo conocido a la hegemonía política de Roma trajo consigo un ensanche del campo de visión. Desaparecieron viejas barreras, como las fronteras entre naciones, y al convertirse todo el mundo en un solo Estado, sus diferentes culturas y sus innumerables religiones empezaron a influirse y a fusionarse como nunca había ocurrido hasta entonces. En todas partes se hallaban ahora los hombres en condiciones de estudiar las religiones y comparar sus mutuas divergencias y puntos de contacto en ritos y leyendas. Pronto las principales divinidades de un olimpo pagano empezaron a aparecer en otro y sus leyendas a filtrarse de un sistema a otro.

La nueva religión de Jesucristo, apenas hubo salido del medio judío en que fué predicada al principio, se vió sometida a la presión de influencias religiosas esparcidas a todo lo ancho del mundo. En cada ciudad había filósofos místicos y maestros de moral dispuestos, con sus

huestes de discípulos y adeptos, a ver afinidades entre sus propias creencias y la doctrina del recién llegado propagandista. Además, una vez que la Iglesia empezó a hacer prosélitos de esta clase, nada más natural que éstos se sintieran atraídos por la labor de convertir a sus antiguos compañeros y que intentaran presentarles el cristianismo con el único lenguaje inteligible para ellos, esto es, mediante una adaptación de la terminología de sus antiguas creencias filosófico-religiosas.

En toda esa actividad, en esos primeros contactos del pensamiento cristiano y el pensamiento filosófico pagano, es natural que hubiera mucho margen para falsas interpretaciones y graves errores. Y la autoridad de la Iglesia carecía, naturalmente, de precedentes que imitar en su acción reguladora. Era la primera vez que tales cosas ocurrían, y la Iglesia tenía que actuar de acuerdo con su naturaleza.

La historia de esas primeras crisis y su resolución quedará expuesta con la mayor sencillez en la descripción de los gnósticos, con los demás herejes y los apolo-gistas de los tres primeros siglos.

El gnosticismo. El gnosticismo es el nombre dado a un movimiento religioso más antiguo que el cristianismo, cuyos orígenes arrancan de esa fusión de ideas y prácticas religiosas progresivamente realizada durante los dos siglos anteriores a Jesucristo y los dos siguientes. Mucho antes de que el movimiento afectara al cristianismo, había atacado ya al paganismo del mundo clásico y al judaísmo. Su aparición en el nuevo mundo cristiano, amenazando a la nueva religión en el mismo sentido que a las otras, con el debilitamiento de lo propio y distintivo de cada una de ellas y el reblandecimiento de todos sus principios religiosos y morales, era sólo cuestión de tiempo.

El gnosticismo, como el nombre lo indica, pretendía ser un camino para llegar al conocimiento, o mejor dicho, a la visión de Dios. Proclamaba que su doctrina, sus ritos y sus prácticas tenían carácter revelado y habían sido transmitidos y preservados a través de alguna

misteriosa tradición. Se presentaba como un infalible medio de salvación, actuando generalmente mediante fórmulas y ritos mágicos, mas no se ofrecía a todos los hombres, sino — y éste era el secreto de la atracción que el movimiento ejercía — a la minoría selecta de los iniciados.

Constituía la base doctrinal gnóstica, la idea de un antagonismo radical entre el mundo de la materia y el mundo del espíritu. La materia era mala, sólo el espíritu era bueno. El Dios supremo no sólo era, por tanto, puramente espiritual, sino que no tenía, no podía tener, contacto alguno con lo material. La creación del mundo material era obra de un dios inferior (Demiurgo) o, en algunos de los sistemas gnósticos, de los ángeles. Uno de los rasgos más impresionantes de toda la doctrina gnóstica, era la cuidadosa elaboración genealógica de esas sucesivas emanaciones por las que el Dios supremo se vinculaba a la realidad creada. La doctrina sobre el antagonismo de materia y espíritu y la maldad de todo lo material, tuvo muy diversas consecuencias en la enseñanza y la práctica de la moral gnóstica. Los gnósticos caían inevitablemente en los extremos. O vivían sin freno de ninguna clase, puesto que la carne, siendo materia, no merece tenerse en seria consideración o practicaban un ascetismo antinatural, pues siendo mala la materia, la carne es algo vitando y hasta el mismo matrimonio es pecaminoso.

El hecho histórico de la vida de Jesucristo y su muerte no representó gran obstáculo para los sistemas gnóstico-cristianos. El cuerpo de Jesucristo, afirmaban, era sólo cuerpo en apariencia, ya que la materia es siempre perversa. Y, naturalmente, su muerte no fué una realidad, sino un hecho aparente. Los primeros síntomas de tentativas gnósticas para fusionarse con el cristianismo pueden señalarse en las advertencias del Nuevo Testamento ². Es verdad que no había un único sistema gnóstico, pero no es menos cierto que estas ideas eran comunes a todos los gnósticos y fundamentales en todos

² Cf. especialmente Col, Eph, 1 y 2 Tim, 2 Petr; Iuda.

los sistemas. Así, el gnóstico se jactaba de saber todo cuanto podía saberse. Era el heredero universal de todas las tradiciones religiosas, poseía la clave de todos los misterios y dominaba todos los cultos. Por razón de su ciencia, el gnóstico sabía cómo salvarse. No era ya la víctima de las cosas materiales, sino omnímodamente libre. Y era, naturalmente, el maestro supremo para enseñar la verdad sobre Dios y su creación.

A pesar de los fantásticos desvaríos claramente señalables en el gnosticismo, tenía una manifiesta, aunque superficial relación con el cristianismo, al interesarse por ofrecer una solución a los problemas que universalmente inquietaban a la humanidad: el significado del mal, la sanción del pecado, las posibilidades de salvación, la inmortalidad del alma. Estos discípulos de la gnosis veían, con todo, en el cristianismo mucho más material sintetizable en el gran cuerpo de sus creencias, y numerosos conversos procedentes de las diversas corrientes gnósticas intentaron utilizar sus presupuestos filosóficos en orden a una explicación racional de los misterios cristianos. El resultado natural de esta tentativa fué la aparición, en el curso del siglo II, de un nuevo gnosticismo cristiano que pronto comenzó a manifestarse por todas partes y a ganarse claramente a muchos de la clase culta, atraídos por sus promesas de una explicación racional de la fe.

El justificante supremo de todo principio gnóstico era la propia posesión personal de un especial conocimiento. Es sumamente interesante observar como, a este primer intento de subordinar la fe a una particular explicación de la misma, la Iglesia replicó haciendo hincapié en que es la propia naturaleza del cristianismo lo que es transmitido por el creyente tal como él lo ha recibido, y que la fe no es algo conformable por inteligencia humana, sino algo que la autoridad de la Iglesia ha de proteger contra cualquiera de esas adaptaciones. Los impugnadores del gnosticismo eran los obispos de las iglesias donde aquél se manifestaba, y su única arma contra el sutil peligro era la proclamación de que el gnosticismo estaba en desacuerdo con lo que ellos mismos habían recibido. El

cristianismo se muestra así, en su primera controversia doctrinal, como una religión esencial y estrictamente tradicionalista.

Un nombre ilustre se nos ha conservado de entre esos obispos impugnadores de los gnósticos, el de San Ireneo de Lyon (muerto hacia 202). Nacido en Oriente, fué discípulo de San Policarpo, obispo de Esmirna, que era a su vez discípulo de San Juan Apóstol. Ireneo pasó algunos años en Roma y luego fué ordenado sacerdote en Lyon y, por fin, al ser martirizado el obispo de esta ciudad en la gran persecución del 177, le sucedió en el cargo. Su obra más famosa, generalmente llamada *Adversus Hæreses*, tiene por título original *Exposición y refutación de la falsamente llamada Ciencia*. Es un detenido examen del gnosticismo tal como el Santo lo conocía, con una denuncia de sus errores dogmáticos y morales. Pero, más que por esto, es importante por el modo particular como trata el problema de los errores gnósticos, que constituye un tipo universal de argumentación capaz de contrastar la verdad de toda teoría que se llame cristiana, y que de hecho ha sido seguida desde entonces por la Iglesia en sus controversias doctrinales. Aunque sólo fuera por su labor precursora, como introductora de esta comprobación ahora clásica de la ortodoxia cristiana, San Ireneo debe quedar clasificado como una de las grandes figuras en la historia de la Iglesia.

La pretensión gnóstica de corregir y completar la fe mediante un superior conocimiento esotérico carece de valor, pues doctrinas elaboradas por la ciencia no son cristianas, por no ser auténticas. Si alguien desea conocer con certeza lo auténtico en materia religiosa, no tiene más que buscar una iglesia cuyos obispos se remonten ininterrumpidamente hasta entroncar con alguno de los doce apóstoles. Lo que estas iglesias nos enseñen como retransmitido desde los apóstoles, es verdad. Lo que esté en contradicción con esto será necesariamente falso. La búsqueda de esas iglesias de ascendencia apostólica sería tarea ardua. Es más sencillo, y suficiente, descubrir la doctrina de la Iglesia Romana, fundada por los gloriosos apóstoles Pedro y Pablo. "Porque con esta Iglesia

deberán ir a la par todas las demás, por razón de su superior autoridad." La prueba de la ortodoxia cristiana es la doctrina de la Iglesia Romana.

El gnosticismo nunca llegó a desaparecer por completo. No es fantasía decir que a través de toda la historia posterior ha pervivido una corriente gnóstica subterránea, cuyo espíritu informa movimientos todavía activos. Pero nunca, desde la época de San Irineo, ha amenazado tan peligrosamente a la Iglesia.

Merecen citarse, además, otros dos movimientos contemporáneos del gnosticismo, causa también de gran inquietud, pues pretendían, como él, una radical transformación del cristianismo, y como él lograron, también, apartar a muchos creyentes de la ortodoxia cristiana. Son los movimientos llamados, según los nombres de sus fundadores, marcionismo y montanismo.

Marción, Montano y Manes.

Si los gnósticos nos recuerdan a los modernistas de la pasada generación, es a Lutero a quien nos recuerda Marción.

Hijo de un obispo (nace hacia el año 110), Marción abandona la Iglesia para organizar fuera de ella una vuelta a lo que él consideraba la primitiva pureza del Evangelio. Para Marción hay dos dioses. El inferior o Demiurgo, creador del mundo visible, celoso del hombre por él mismo creado, lo arrojó del Paraíso y así empezó la historia del pecado y la miseria humana que llenan la crónica del Antiguo Testamento. Los judíos eran el pueblo elegido de este Dios. La salvación proviene del Dios bueno, que envió para redimir a los hombres de la esclavitud del Demiurgo, a Jesucristo realmente Dios, pero sólo en apariencia hombre, pues siendo la materia esencialmente mala, no podía tomar un cuerpo real.

Hay, pues, una oposición fundamental entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, y Marción es profundamente antijudío. Su gran héroe es San Pablo, el más grande de todos los discípulos de Jesucristo. Las cartas de San Pablo constituyen la carta magna. Desgraciadamente, según Marción, estos documentos sufrieron mucho en manos de los cristianos filo-judíos que perseguían a San

Pablo vivo y muerto. Se negó a aceptar mucho del contenido de las epístolas de San Pablo, tal como han llegado a la Iglesia, y, empleando como criterio de autenticidad sus propias teorías teológicas, sacó a luz una versión revisada de San Pablo (y realmente del Nuevo Testamento), de la que cercenó todo cuanto no cuadraba con su sistema.

Marción tenía genio de organizador. Logró numerosos discípulos y, siguiendo el ejemplo de la Iglesia, los organizó en iglesias por todo el mundo romano y los dotó de un ritual y un código moral de un rigor imposible, basado en la noción, que compartía con los gnósticos, de que todo lo material es malo y de que el discípulo tiene que liberarse en la medida de lo posible de la servidumbre de la materia, es decir, de su empleo.

Montano, que apareció en la segunda mitad del siglo II, no surgió como un innovador en materia de creencias. Su única contribución a la vida de su tiempo fué la firme convicción de que la segunda venida de Nuestro Señor era inminente. El suceso había de acontecer en Pepuza, cerca de la moderna Angora, y hacia allí debían encaminarse todos los verdaderos seguidores de Jesucristo. La firmeza de esta afirmación la basaba en una pretendida inspiración privada. Su personalidad y elocuencia de nuevo profeta le ganaron una multitud de discípulos, que se congregaron en tal cantidad en el lugar señalado, que surgió una nueva ciudad para cobijarlos. Tampoco la tardanza de la segunda venida puso fin al movimiento. Por el contrario, le dió nueva vida y forma como una especie de cristianismo de selectos, que no se guiaban por otra autoridad que por el Espíritu Santo obrando directamente sobre ellos, y que practicaban un riguroso ascetismo del mismo tipo que los marcionistas y algunos de los gnósticos.

Los montanistas eran muy numerosos y, como es natural, fué sólo cuestión de tiempo el planteamiento del conflicto con los obispos de todo el mundo, pues para esos protegidos del Espíritu no contaba para nada la autoridad episcopal. El hecho más importante del movimiento fué, quizá, la captación de Tertuliano, jurisco-

sulto africano de extraordinaria fuerza intelectual, polemista de primer orden, dotado de la clara ferocidad de un Swift y de un estilo literario que nos recuerda a Tácito. Tertuliano es el primer teólogo latino, y la huella de su genio es todavía perceptible en la actual técnica cátequística. La defección de su gigantesca personalidad tuvo que ser un golpe terrible para la Iglesia, a la que desde entonces atacó con toda la habilidad que durante años había empleado contra los adversarios de la misma.

Nada tiene de llamativo, para el lector medio, una relación como ésta, pero estamos ya asistiendo a la aparición de tipos que nunca cesarán de reaparecer a lo largo de dos mil años: cristianos que se proponen explicar el catolicismo en conformidad con las corrientes intelectuales de la época; cristianos que apartan la vista de las dificultades presentes, para volverla a una lejana edad de oro de la primitiva fe; cristianos que desertan de una doctrina oficial que no favorece sus gustos personales, alegando una inspiración privada que los libera de toda disciplina. En cierto sentido, la historia de la Iglesia es un tejido donde los hilos de esa clase no hacen sino cruzarse y volverse a cruzar.

Cincuenta años, poco más o menos, después de las primeras manifestaciones del montanismo apareció en Persia una curiosa secta, que era una fusión de elementos cristianos, paganos y gnósticos. Su fundador, Manes, tenía el propósito deliberado de sintetizar en una nueva religión los mejores elementos de todas las anteriores. Bajo la denominación de maniqueísmo, algunas de sus teorías habían de superar todas las tentativas de represión, tanto paganas como cristianas, durante unos mil años largos, constituyendo, en el curso de todo ese tiempo, un peligro constantemente renovado para la paz del mundo. Había de llegar un tiempo, en el siglo IV, en que la pretensión de Manes se vería momentáneamente realizada con la implantación de la iglesia maniquea, desde Marruecos a China.

Manes, que se llamaba a sí mismo "apóstol de Jesucristo", no se tenía menos por el intérprete definitivo de Zoroastro o de Buda. El Paráclito había descendido

sobre él revelándole todos los misterios. El maniqueísmo es, en realidad, una herejía de tipo gnóstico, pero organizada, como lo fuera el marcionismo, con la capacidad del genio. Sus doctrinas incluían la común oposición entre materia y espíritu, la idea de la maldad intrínseca de la materia y una curiosa yuxtaposición de un ascetismo extraordinario rechazaban, por ejemplo, el matrimonio, con la más refinada disolución. De las relaciones entre el maniqueísmo y la Iglesia en el primer siglo de su existencia, sabemos muy poco. Pero desde el momento en que la herejía interfiere con la temprana vida del que fué una de sus presas más ilustres, San Agustín de Hipona, la vemos en continuo conflicto con la Iglesia, hasta su derrota final en la cruzada albigena del siglo .XIII.

Algo hay que decir también sobre el vigor intelectual de aquellas primitivas generaciones cristianas, y los primeros pensadores que intentaron formular de una manera categórica la respuesta a las cuestiones: ¿Quién es Jesucristo? ¿Cómo es Hijo de Dios? ¿Y si Él es Dios y el Padre es Dios, cómo Dios es uno? ¿Y si Dios es uno y el Padre es Dios, y Jesucristo no es el Padre, cómo Jesucristo es realmente Dios? En una época tan prolífica en sectas y teorías religiosas como ésta, cuando según todas las apariencias, la discusión religiosa era ocupación de todo pensador y publicista, no pasó mucho tiempo sin que al pensador cristiano se le plantearan esos problemas, bien desde el exterior, o bien por inevitable reacción interna ante el medio ambiente.

La Iglesia nada hizo, oficialmente, por formular una respuesta satisfactoria a tales cuestiones. Todo lo emanado de la autoridad no fué sino una fiel y constante reiteración de la fe tradicional: hay un solo Dios, Jesucristo es verdadero Dios, Jesucristo es verdadero hombre. Las tentativas particulares de interpretación fundadas sobre una base lógico-filosófica y más especialmente siguiendo huellas platónicas, cayeron con no poca frecuencia en el error. Algunos — así los llamados *monarquianos* — salvaban la unidad de Dios negando la divinidad a Jesucristo, que no era sino hombre, y sólo era Dios — según ellos explicaban — por una especial y única *adopción*.